

—Y ahora vaya usted a contárselo a todos los de Madrid, que tanto chillan porque curo a todos los que ellos no son capaces de curar. ¿Ve usted qué fácil es curar? Ande; dígales a todos que he curado los enfermos en que ellos fracasaron. A todos. Absolutamente a todos. El último, de tabes dorsal y mal perforante plantal. ¡Ah, ya les diré yo a esos de Madrid! ¡Ya me soñarán!

Y ruge todavía:

—Sepa usted que nada de esto lo he aprendido en Bonnier, ni en ningún libro. Me molestan los libros, y los profesores mucho más.

Y carga otra vez sobre los compañeros madrileños, cuyos nombres le obsesionan.

Inquiero con la vista dónde se halla mi secretario. El pobre Gómez Echaurren está pegado al marco del balcón, mirando ansiosamente al Uru-mea. Una idea terrible cruza por mi mente. ¿Será capaz este muchacho de tirarse por el balcón? Voy hacia él y lo sacudo por el brazo, diciéndole:

—Pero oye, tú: ¿has visto alguna vez un mozo más buena persona que este Asuero?

Gómez Echaurren va recobrando lentamente su color perdido.

UN PARÉNTESIS NECESARIO EN ESTA INFORMACION

Sobre el extremo de si yo toqué o no al trigémino, los periódicos defensores «a outrance» de Asuero, han formado una feroz algarabía, presentándose como el individuo avieso que, premeditadamente, fué a San Sebastián a descubrir que Asuero curaba sólo por sugestión. Naturalmente, no hay nada de esto en lo sucedido. Y es preciso, para comprenderlo bien, que el lector reconstituya serenamente la escena en que yo me hallo manteniendo el espéculo y empuñando el estilete, para darse cuenta de cómo en el relámpago de tiempo transcurrido entre mi pregunta pidiendo la localización del toque y los gritos desenfrenados de Asuero diciendo que «*en cualquier sitio*» y *que ya tocaba, cuando aun no tocaba*, y ordenándome, todo al mismo tiempo, que sacara el espéculo, acabo yo por sacar éste sin tocar la mucosa con el estilete. Simplemente, si yo no llegué a tocar la mucosa fué *por falta de tiempo*, por una lógica vacilación provocada por la extraña enseñanza del Sr. Asuero. Pero no por ello se vaciló en dar la versión pública de que, en efecto, había tocado y—la que es más peregrina—la de que yo había quedado de una pieza al ver la inmediata curación de la enferma. ¿Quién informó a los reporteros de tal patraña?

«CONTINÚAN LAS CURACIONES»

Ahora es un nuevo enfermo. Enferma. También entra por su pie. Y se sienta en la silla del cliente. Asuero procede a su técnica. Pregunta:

—¿De qué lado es la parálisis?

—Del izquierdo—contesta la enferma.

Asuero coloca el espéculo en la fosa nasal izquierda. Y, mientras flamea el estilete, pregunta:

—¿Es usted estreñida?

—Sí, señor.